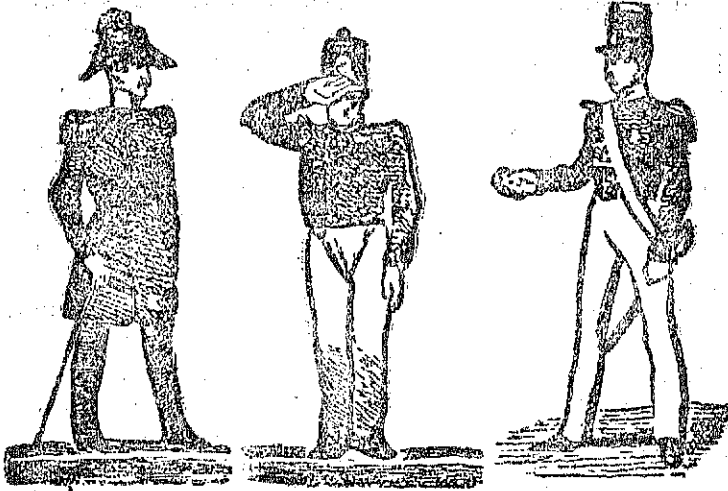


LA BARAJA DEL SOLDADO



NUEVA RELACIÓN

de la baraja que ordenó un soldado llamado Miguel Ricarte, en la ciudad de Reus, en la cual se hallará lo que él contemplaba estando en misa, por medio de las figuras que había en cada naipe.

Emperatriz de los cielos,
Madre y abogada nuestra,
dadme, celestial Aurora,
términos a mi rudeza,
aliento a mi tosca pluma,
para que referir pueda
a todo aqueste auditorio,
si un rato atención me presta,
un caso que ha sucedido
en Reus, ciudad rica y bella,
a un discreto soldado
en el año de cincuenta,
estando de guarnición

en ella, según nos cuentan;
y así confiado en Vos,
Sacratísima Princesa,
refugio de pecadores,
fuente pura y mar de ciencia,
daré principio a este caso;
atención que ya comienza.
En esta ilustre ciudad,
dichosa, fértil y amena,
divertida, alegre y rica,
apacible y placentera,
un domingo de mañana,
serían las siete y media,



por cumplir con el precepto que nos obliga la Iglesia, las fiestas y los domingos, que es oír la misa entera; dióles orden un sargento a sus soldados que fueran a cumplir este precepto, y prestaron obediencia, donde fueron todos juntos a la más cercana iglesia; y estando la misa oyendo con muy grande reverencia, Ricarte, que es el soldado por quien el caso se cuenta, a quien castigaba mucho del sargento la soberbia, en vez de un libro devoto sacó de su faltriquera un juego de naipes finos (baraja francesa era) e hincándose de rodillas y con la cara muy seria, se los ha puesto delante, como si en manos tuviera un libro santo y devoto; la contemplación empieza. Los circunstantes notaron la preocupada idea, y el sargento le mandó que la baraja escondiera, reprimiendo al mismo tiempo el escándalo en la iglesia. Ricarte atento escuchaba las veras con que lo muestra y sin replicar palabra ha continuado su idea. Acabada ya la misa, sin que un punto se detenga, el sargento le mandó que se fueran y los dos juntos en casa del mayor entran,

a quien el sargento dió del escándalo la queja; y el mayor muy enojado le dió una reprensión severa, diciendo de aquesta suerte: — ¿Qué temeridad es esa y poco temor de Dios escandalizar la iglesia? A lo que le respondió Ricarte con gran modestia: — Si vuesa merced, señor, un rato atención me presta, expondré yo mi disculpá, y dejaré satisfecha vuestra grande corrección, porque todo el mundo sepa que hay lances que son forzosos, y esto ninguno lo niega. Movido a curiosidad le mandó que lo dijera. — Sepa usted, señor mayor, que por ser la paga nuestra tan corta que apenas basta para las cosas primeras, que es el sustento del cuerpo, y si algún cuarto nos queda nos vamos a echar un trago. Bajo este supuesto, vea si tendrá el pobre soldado para libros de iglesia y otras cosas semejantes. Entonces con diligencia sacó Ricarte los naipes, y dijo de esta manera: — Sepa usted, señor mayor, cómo esta baraja entera me suple en mí todos los libros, a cuya compra no llegan mis muy cortas facultades, por ser pocas y pequeñas; y empezando por el *as*, que esta es la carta primera,

digo cuando veo el *as*,
señor, se me representa
un sólo Dios criador
de todas cosas diversas.
En el *dos*, el Nuevo y Viejo
Testamento se me acuerda.
El *tres*, que son tres Personas
y una sola Omnipotencia.
El *cuatro*, me hace pensar,
y es preciso que lo crea,
en los cuatró Evangelistas,
según la Escritura enseña,
que son, Juan, Lucas, Mateo
y Marcos, por cosa cierta.
En el *cinco*, liago memoria
de cinco vírgenes bellas,
que delante del Esposo
se presentaban con regias
lámparas, y entrar las hizo
en la sala de la fiesta.
El *seis*, que Dios crió el mundo
en seis días, cosa cierta.
El *siete*, que descansó,
por cuya causa primera
deben todos los cristianos
guardar los días de fiesta,
y especialmente el domingo
en oración santa y buena.
En el *ocho* considero
las ocho personas buenas
que del Diluvio escaparon
por divina Providencia,
que fué Noé y su mujer,
sus tres hijos, prendas tiernas
de su fino corazón,
con sus tres esposas bellas.
Llegando al *nueve*, me acuerdo
de la cura de la lepra
de aquellos nuevé leprosos
que entre todos, uno hubiera
que por tantos beneficios
gracias al Señor le diera.

El *diez* me hace pensar
y a la memoria me lleva
todos los diez mandamientos
de nuestra ley verdadera.
Así que acabó Ricarte
con grandísima cautela
de pasar las cartas blancas,
así que a la *sota* llega,
la pasó sin decir nada;
se dijo: ocasión es esta
para poder explicar
a mi mayor esta idea,
y mostrándolé la *dama*,
que en la baraja francesa
es lo mismo que el caballo,
y dijo: la *dama* esta
es la hermosa reina Sara,
que vino con gran presteza
de la otra parte del mundo
sólo por ver la gran ciencia
del sabio rey Salomón,
que fué grande, según cuentan.
En el *rey* recapacito
que hay un Rey de cielo y tierra,
y que debo servir bien
a su Divina grandeza.
Aún me extendería más,
si no me turbara la idea
que en las cincuenta y dos cartas
de esta baraja francesa,
trescientos sesenta y cinco
puntos se incluyen en ella,
el número de los días
que entre sí el año encierra;
las cincuenta y dos semanas
que doce meses completan;
de modo que la baraja
me sirve de oración buena,
de libro de Biblia Sacra,
para en estando en la iglesia,
de almanaque y catecismo
y de oración muy perfecta.

Así que acabó Ricarte de referir esta idea dijo el mayor ;— Yo he notado una cosa, y bien quisiera que tú me la declararas; y Ricarte dió en respuesta :

— Diga usted, señor, que yo la diré como la sepa.

— ¿Por qué la *sota* has pasado sin que de ella me dijeras ni tan sólo una palabra como si carta no fuera?

A lo que le respondió :
— Señor, si me dáis licencia, y prometeis no enfadaros, diré luego lo que queda de la *sota*; y el mayor le mandó que lo dijera; entonces sacó la *sota*, y dijo de esta manera :

— Esta *sota* la comparo, sin que nadie lo desmienta, al hombre más ruin e infame que crió Naturaleza, que es el sargento que aquí me trajo a vuestra presencia, pues es el que me castiga siempre a diestra y siniestra, aunque yo no tenga culpa, que es lo que más me molesta. Quedó admirado el mayor de tan ingeniosa idea,

y a Ricarte regaló, para que a su casa fuera, cuatro doblones de oro, y le otorgó la licencia. Así que tuvo el dinero y orden para que se fuera, salióse de la ciudad; y el sargento allí se queda maldiciendo su fortuna, sólo por ver la cautela con que Ricarte explicó a su mayor esta idea, que siempre le castigaba, aunque culpa no tuviera. Llegó el soldado a su casa y a sus parientes les cuenta lo que le había pasado, de lo que mucho se alegran. Y el poeta a vuestros pies pide perdón de la idea, y encarga a los circunstantes y dice porque lo sepan, por si algunos lo ignoran, que la baraja francesa se compone de as y dos, según consta por experiencia del tres, cuatro y el cinco, que en olvido no se queda; el seis, el siete y el ocho, nueve y diez por cosa cierta; la *sota*, la dama y el rey, que ésta es la carta postrera.

FIN

